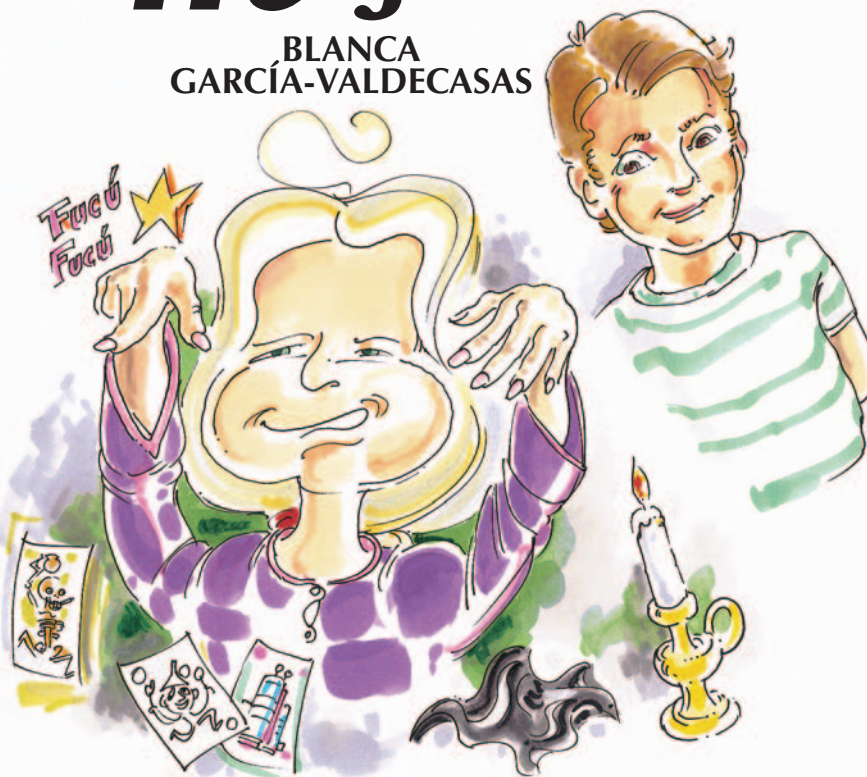


# Poli y la bruja Majadera

BLANCA  
GARCÍA-VALDECASAS





*A mi querida ahijada  
Mariana García-Valdecasas,  
con todo cariño  
de su tía y «abuela».*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



**Ilustración**  
Antonio Martín



**Coordina la colección**  
Esperanza Fabregat

**Diseño**  
Alfonso Méndez Publicidad

**Edición y producción**  
Eva Melgar

**Impresión**  
Brosmac, S.L.  
Villaviciosa de Odón (Madrid)  
Depósito Legal: M- -96

ISBN: 84-896-5546-4

© Blanca García-Valdecasas

© **DYLAR Ediciones**



# ***Poli*** *y la bruja* ***Majadera***

BLANCA GARCÍA-VALDECASAS

 **DYLAR**  
ediciones

## ***Blanca G<sup>a</sup>-Valdecasas***

---



Esta autora nació en Granada, cursó el Bachillerato en Madrid, en el Instituto Beatriz Galindo, y estudió Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de la capital.

Acostumbrada a escribir tanto para adultos como para niños, ha sido premiada por la Real Academia de la Lengua Española, finalista del Premio Internacional de Novela Plaza y Janés, y galardonada con el Premio Gaspar Gómez de la Serna de Novela, otorgado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

Además, ha sido condecorada por el gobierno de Chile con la Orden de Gabriela Mistral.

## **Rellena tu ficha**



La autora de *Poli y la bruja majadera* se llama .....

..... y,  
aunque nació en .....  
cursó sus estudios en la ciudad  
de .....

Tiene publicados muchos libros, y  
su público es muy variado porque  
escribe igual para .....

..... que para .....

En España ha recibido varios pre-  
mios, por ejemplo .....

.....

y también ha sido condecorada  
en ..... con la Or-  
den de Gabriela Mistral.







**L**a tía-abuela Luisa era la madrina de Poli. Una señora mayor, bondadosa y despistada, que vivía en una casona vieja de un pueblo castellano. Quería mucho a Poli y todos los años le convidaba a pasar unos días con ella.

Lo malo era que la tía-abuela no estaba sola. Una pariente lejana, que se ocupaba de las faenas de la casa, vivía con ella. Se llamaba Rosita y era antipática en general y más antipática en particular con Poli.

Lo bueno, que en el pueblo el chico tenía un amigo, Mateo, el hijo del herrero, cuya casa lindaba con la de la tía-abuela al final de la Calle Alta.

Un día de finales de verano, Poli se bajó del autobús en la plaza del pue-

blo, después de un par de horas de viaje. Cargó a la espalda la mochila que era su único equipaje y fue andando hasta casa de su madrina.

El pueblo era pequeño, se podía ir caminando a todas partes, aunque las calles estaban bastante en cuesta. A Poli eso no le molestaba y le gustaba en cambio la sensación de conocer todas las casas del lugar.

Además, la de su madrina era la más bonita y la más grande. La verja delante de la fachada estaba pintada de un verde muy alegre y en el jardín había geranios y alhelíes en flor. Por el lado de la puerta principal era un jardín pequeño; la parte más grande se extendía por detrás de la casa, donde tenían un huerto y árboles frutales.

Poli cruzó la cancela y llamó a la puerta. Abrió Rosita y al verlo dio un respingo de disgusto, como si en vez de ver al niño hubiese visto una cucaracha o algo así.

—¡Vaya! ¡Conque eres tú! —dijo poniendo cara de asco, a modo de saludo.



Pues sí que empezaba bien la temporada, pensó Poli. Deseando ser amable a pesar del recibimiento, se empujó para darle un beso, pero Rosita lo apartó con malos modos.

—¡Quita, que vendrás sucio y sudado del viaje! Voy a llamar a la tía. No sé por qué se empeña en que vengas, la verdad.

Entonces recordó que Rosita era una maniática de la limpieza; todo le daba asco. Bueno, pues él venía limpio y no tenía interés ninguno en darle un beso. Le entraba un poco de rabia porque su madre le había preparado la mochila con todo cuidado; ella siempre se ocupaba de que la ropa de sus hijos estuviera limpia y planchada, y eso que eran cinco. Tres hermanos y dos hermanas: de los cinco, Poli era el más pequeño.

Ya llegaba la tía-abuela Luisa, alta y flaca, con su moño muy blanco, su cara bondadosa y su bastón. Lo abrazó.

—¡Mi ahijadito! A ver, que te vea. ¡Has crecido mucho desde el año pasado, estás hecho un buen mozo!

Por lo menos, este recibimiento era otra cosa. La tía-abuela rebuscaba en su bolso, un bolso anticuado de malla que llevaba siempre con ella.

—Ha sido tu cumpleaños, ¿verdad? —dijo.

—No —contestó Poli desconcertado porque él cumplía en febrero y estaban en septiembre.

—Muy bien, muy bien —dijo la señora—. Tu madrina tiene un regalo de cumpleaños para ti.

—¡Ha dicho que no era su cumpleaños! —Rosita metía baza—. ¿No lo ha oído usted? ¡Que no!

—¿Cómo dices? —la tía se volvió a Poli— ¿Cuántos años tienes, hijito?

—Nueve, madrina.

—¿Lo ves, Rosita? El año pasado tenía ocho. Así que ha sido su cumpleaños.

Había sacado una caja alargada, muy bien envuelta, y se la daba a Poli.

—Muchas gracias —dijo el niño un poco azarado.

Pero cuando abrió el paquete casi se le aflojaron las rodillas de la sorpresa. ¡Era un reloj estupendo, con calendario y lunas y de todo! Un reloj como el de su padre.

—¡Muchísimas gracias! —repitió— ¡Es fantástico! —Rosita miraba, acercándose.

—¡Qué disparate, un reloj así para un niño! ¡Un reloj carísimo para un mocoso!

Y dale. Primero lo llamaba sudado y ahora mocoso, qué pesada. Pero la tía-abuela decía:

—Sí, sí. Yo también creo que es muy bonito. Me alegro mucho de que le haya gustado al niño.

Poli nunca sabía si la tía-abuela era sorda, despistada o, sencillamente, que no hacía caso de lo que dijeran los demás. Más bien creía que debía de ser esto último.

El niño subió a su habitación, la misma de todos los años, junto a la de su madrina, para deshacer el equipaje. Le

gustaban los olores de aquella casa, cada vez que iba le recordaban cosas de cuando era más pequeño.

Ahora se daba cuenta de los perfumes conocidos que nunca se perdían del todo entre aquellas paredes gruesas



de piedra, como el del barril de aceite de oliva en la despensa, las manzanas puestas a secar en el desván o las firmitas en el brasero de la tía-abuela los días de frío, cuando echaban puñaditos de espliego o incluso unos cristales de incienso que daban un ambiente de iglesia antigua. Parecía mentira cómo los olores eran lo que más cosas le recordaban a uno.

Rosita subía detrás de él, aún protestando por lo del reloj. «Es demasiado regalo para un niño de tu edad. No debes ponértelo hasta que seas mayor».

Poli se lo había puesto; era un reloj chulísimo. Rosita gruñía mientras el chico guardaba la ropa en el armario.

—¿Viene limpia? —preguntó como si lo creyera imposible.

—No —contestó él—. Tiene polillas, gusanos, escarabajos y estiércol. Ah, y unas cuantas babosas.

—Te crees gracioso, ¿no? Para que lo sepas, a mí no me haces ninguna gracia.



Poli se encogía de hombros. Rosita seguía.

—Pues ándate con ojo. El año pasado te aguanté, pero este año... ah, este año las cosas son muy diferentes.

¿Qué tendría de diferente este año?, se preguntó el niño intrigado. Miró a la mujer; la veía igual. Bajita, gorda, con el pelo amarillo-grisáceo muy largo, sujeto con una especie de cola de caballo. Era demasiado vieja para peinarse así. Y parecía un poco más chalada que el verano pasado, más nerviosa.

Y, bueno, no pensaba preocuparse. La casa era de su madrina y Rosita apenas era una pariente.

Recordó que tenía un regalo para Mateo; con sus ahorros le había comprado *Los viajes de Gulliver*, porque en el pueblo había pocos libros y Mateo era fanático de la lectura. Sacó el paquete, junto con dos regalos que eran para la tía-abuela y Rosita, de parte de su madre.

—Este es para ti —dijo dándole uno a Rosita—. Y éstos son para mi madrina y Mateo.

Rosita no dijo ni gracias. Sólo comentó con una especie de satisfacción:

—Mateo no está.

—¿Cómo que no está? ¿Adónde ha ido?

—A mí qué me importa dónde ha ido el hijo del herrero. No me trato con esa gente —porque Rosita tenía muchísimos humos. ¡Toda la gente del pueblo le parecía poco para ella! Claro, se aburría una barbaridad.

—Si no te tratas, ¿cómo sabes que no está?

—Aaah. Tengo mis métodos. Y puedo saber dónde está, si quiero... Y sin necesidad de hablar con nadie.

—Sí, claro. O sea, que te has vuelto bruja.

El niño lo dijo como una simple broma, sin pensar. Pero Rosita lo miró con los ojos saltones de tan abiertos, severa y sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? —silbó furiosa.

—Que cómo sé qué.

—Que estoy estudiando para bruja. A ver, ¿quién te ha contado...?

Poli se quedó atónito. ¡Sí que estaba chalada! La interrumpió:

—Venga ya, Rosita, no digas tonterías. ¡Qué vas a estar estudiando para bruja! Eso no se estudia en ninguna parte.

—Por correspondencia. Así que ya lo sabes; ¡como me molestes, voy y te convierto en sapo!

—¿A mí? ¡Ja! Eso no te lo crees ni tú.

—Espera y verás, piojoso.

—¿Sí? Pues, hala, conviérteme en sapo. Venga, conviérteme en sapo, si es que puedes. Pero bueno, ¿qué esperas para convertirme en sapo? Venga, Rosita, anda.

Rosita apretó la boca.

—Cuando me llegue el sobre de esta semana. Es la lección diecisiete; espera y verás. ¡Y como le digas algo de

esto a la tía, te haré tener cólico, que es de la lección cuatro! ¡Ya estás advertido!

Y con una mueca feísima salió de la habitación.